

EMOCION Y ENCUENTRO. A PROPÓSITO DE LA ANTROPOLOGÍA DE L. FEUERBACH

Luis Miguel Arroyo Arrayás. Universidad de Huelva

La necesidad de liberar su pensamiento de la pura especulación hegeliana y enraizar su filosofía en la experiencia de los sentidos fue sentida por L. Feuerbach tempranamente. Así lo atestigua su más acreditado biógrafo, W. Bolin¹. Esta tendencia hacia la reivindicación del papel de los sentidos en la filosofía se mantuvo, podríamos decir de manera «latente», hasta que se hizo explícita a finales del año 1841, tras la aparición de la primera edición de *La esencia del cristianismo*. En parte debido a la polémica provocada por la publicación de dicha obra y, sobre todo, por la evolución y maduración de su propio pensamiento, prepara Feuerbach varios pequeños escritos en los que plantea la necesidad de una reforma de la filosofía que ponga los fundamentos de la filosofía del futuro.

Así, en una recensión a la obra de J.F. Reiff, *Anfang der Philosophie (Principio de la filosofía)*, ya podemos leer: «Se tiene que filosofar bajo la dirección de los sentidos... La filosofía tiene que comenzar con su *antítesis*, con su *alter ego*, en caso contrario permanece subjetiva, presa en el yo». Y tras reivindicar el cuerpo como fundamento del yo, extrae Feuerbach esta conclusión: «Que el yo es corpóreo significa simplemente que el yo no es sólo activo, sino también pasivo»². También, en un pequeño texto polémico, titulado *Sobre el juicio acerca del escrito «La esencia del cristianismo» (Zur Beurteilung der Schrift «Das Wesen des Christentums»)*, y en el marco de un particular ajuste de cuentas con Hegel, escribe Feuerbach que «sólo la filosofía que se niega a sí misma, la filosofía que no se considera filosofía, es la verdadera»; concluyendo sobre la filosofía que ha de venir que «el nuevo período de la filosofía comienza con la encarnación de la filosofía. Hegel —añade— pertenece al Antiguo Testamento de la filosofía moderna»³.

1. Necesidad de una filosofía encarnada

Los textos que acabamos de citar son precursores de las dos obras en las que esa tendencia hacia la encarnación de la filosofía van a encontrar su forma más explícita, la forma de la «filosofía del futuro»: *Tesis provisionales para la reforma de la filosofía y*

¹ Véase su introducción biográfica en L. Feuerbach, *Sämtliche Werke. Neu hrsg. von W. Bolin und F. odt*, vol. 12, Stuttgart-ad Cannstat, 1959ss, pp. 17 y ss.

² *Einige Bemerkungen über den «Anfang der Philosophie» von Dr. J.F. Reiff* en L. Feuerbach, *Gesammelte Werke. Hrsg. von W. Schuffenhauer*, vol. 9, Berlín 1967ss, pp. 145 y 150. En adelante GW.

³ GW, vol. 9, pp. 238 y 242.

Principios de la filosofía del futuro. En ellas explica Feuerbach su concepto de *sensualismo*, erigido en principio de la nueva filosofía. Y entre los elementos descriptores que conforman el sensualismo descubrimos la emoción y el encuentro, convertidos así en elementos esenciales de la antropología feuerbachiana. Esta es su declaración de principios:

El filósofo tiene que incorporar al texto de la filosofía lo que en el hombre *no* filosofa, lo que más bien está *contra* la filosofía, se opone al pensamiento abstracto; por consiguiente, lo que en Hegel es rebajado a mera nota. Sólo así la filosofía se convertirá en un poder *universal, acontradictorio, irrefutable e irrevocable*. La Filosofía no tiene que comenzar *consigo* misma, sino con su *antítesis*, con la *no-filosofía*. Este ser distinto del pensar, afilósofico, absolutamente *antiescolástico* en nosotros, es el principio del *sensualismo*. Los instrumentos, los órganos esenciales de la filosofía son la *cabeza*, fuente de la actividad, de la libertad, de la infinitud metafísica, del idealismo, y el *corazón*, fuente del padecimiento, de la finitud, de la necesidad, del sensualismo — o formulado teóricamente: *pensamiento e intuición*, pues, el pensar es la *necesidad* de la cabeza; y la *intuición*, el *sentido*, la *necesidad* del *corazón*. En la intuición soy *determinado* por el objeto; en el pensamiento soy *yo quien determino* al objeto; en el pensar yo *soy yo*; en la intuición soy *no yo*. Sólo desde la *negación* del pensar, desde el *ser-determinado* por el objeto, desde la *pasión*, desde la fuente de todo deseo y necesidad, se engendra el pensamiento verdadero y objetivo, la filosofía verdadera y objetiva⁴.

La filosofía del futuro pretende una reforma que afecta a varios aspectos de la filosofía. Hay en ella propuestas metafísicas, gnoseológicas, de crítica a la religión y de antropología. Pero de la declaración de principios que acabamos de citar nos interesa destacar en esta ocasión sus aspectos antropológicos⁵. En efecto, la categoría feuerbachiana de la *Sinnlichkeit* (la sensualidad o sensibilidad, que también es una traducción válida del término) no puede ser entendida simplemente como rehabilitación de una dimensión marginada ni tampoco como el desarrollo simple de la tradición materialista-empirista. Ella ocupa un puesto central en la antropología del autor al caracterizar propiamente la naturaleza humana, su ser total⁶. Veamos qué puede descubrirnos en el tema que hoy nos ocupa.

2. Emoción

Para empezar nos encontramos con un problema preliminar. En los textos feuerbachianos no aparece directamente el término «emoción» (*Genütsbewegung*). Pero

⁴ *Vorläufige Thesen zur Reformation der Philosophie* en *GW*, vol. 9, p. 254. Tesis provisionales para la reforma de la filosofía (trad. E. Subirats), Barcelona, 1976, pp. 15 y ss. En *Sobre el juicio acerca del escrito «La esencia del cristianismo»* puede leerse también: «La filosofía debe... abarcar en sí la esencia entera del hombre. Al filósofo pertenece, pues, no sólo el *actus purus* del pensamiento, sino también el *actus impurus* o *mixtus* de la *pasión*, de la receptividad sensible, que es la única que nos arroja al flujo universal de las cosas reales». *Zur Beurteilung der Schrift «Das Wesen des Christentums»* en *GW*, vol. 9, p. 241.

⁵ Para la crítica a la religión puede consultarse mi estudio «Yo soy Lutero II». *La presencia de Lutero en la obra de L. Feuerbach*, Salamanca, 1991, pp. 91-102. Allí se ofrecen abundantes referencias bibliográficas.

⁶ Cfr. W. Schulz, *Philosophie in der veränderten Welt*, Pfullingen, 1972, p. 374.

un análisis de los mismos nos demostrará que su contenido está presente entre los sinónimos que utiliza Feuerbach para describir las características de la sensibilidad. Así sucede en el texto que acabamos de citar con los vocablos «corazón» y «pasión», cuya descripción coincide con las notas que caracterizan a la emoción. Ocupémosnos en primer lugar de esta cuestión.

Según Feuerbach, los órganos de la filosofía son la cabeza, un principio de actividad y libertad, y el corazón, el principio pasivo, fuente del padecimiento (*Leiden*), que — al igual que la emoción —, cuando afecta al sujeto, se sufre sin libertad para poder escoger el no-padecer. Esta primera identificación de «corazón» y «emoción» se ve confirmada en el mismo texto. En efecto, tras identificar «teóricamente» la cabeza con el pensamiento y el corazón con la intuición, Feuerbach afirma — en coherencia con la pasividad del corazón — que en la intuición el sujeto es determinado (*bestimmt*) por el objeto. Pero el verbo alemán «*bestimmen*» significa en una acepción más fuerte «incitar», «inducir» y «empujar» a alguien a algo. Justamente lo que significa, entre otras acepciones, el verbo latino «*emovere*», la raíz de «emoción»: «alborotar» e incluso «encender fuego». Es decir, en ambos casos queda claro el carácter pasivo del sujeto dominado por la emoción, sentimiento en el que quien lo sufre es empujado o alborotado por un fuego interior que lo subyuga.

Eso explica las otras dos afirmaciones contenidas en el texto. En la intuición, en el corazón, soy *no-yo*, de la misma manera que en la emoción intensa parecen desdibujarse los contornos del yo *ordinario*. Y la afirmación final, que identifica la pasión como la fuente de todo deseo y necesidad.

En conclusión, cuando Feuerbach habla de corazón y pasión está hablando de lo que nosotros entendemos también como emoción. Y en tales sentimientos pone él la fuente desde la que «se engendra el pensamiento verdadero y objetivo».

Todo ello resulta mucho más evidente en un hermoso texto, en el que, en la descripción que nos da Feuerbach de la sensibilidad, resuena la emoción, y la emoción conduce al encuentro:

No sólo sentimos las piedras y la madera, no sólo la carne y el hueso; también sentimos sentimientos al estrechar la mano o al rozar los labios de un ser sensitivo; por nuestros oídos no sólo percibimos el murmullo del agua y el susurro de las hojas, sino también la voz espiritual del amor y la sabiduría; no sólo vemos superficies especulares y espectros de colores, sino que también miramos la mirada del hombre. No sólo, pues, lo exterior, sino también lo *interior*, no sólo la carne, sino también el *espíritu*, no sólo la cosa, sino también el yo constituye el objeto de los sentidos. Todo es, por eso, sensiblemente perceptible, aun cuando no inmediatamente, sino mediatamente; aun cuando no con los sentidos vulgares, burdos, sino con los sentidos cultivados; aun cuando no con los ojos del anatomista o del químico, sino con los ojos del filósofo. Con razón infiere también el empirismo el origen de nuestras ideas a partir de los sentidos; sólo que él olvida que el objeto sensible más importante y esencial del hombre es *el hombre mismo*; que sólo en la mirada del hombre en el hombre mismo se enciende la luz de la conciencia y del entendimiento. De ahí que el idealismo tenga razón cuando

busca en el hombre el origen de las ideas; y no la tenga, sin embargo, cuando pretende derivarlas del hombre aislado, fijado como ser existente para sí, como alma; en una sola palabra: cuando pretende derivarlas del yo sin un tú sensiblemente dado. Sólo de la comunicación, únicamente de la conversación del hombre con el hombre, surgen las ideas. No es por sí solo, sino en la relación mutua que se accede a los conceptos, a la razón en general. Se necesitan dos hombres para la generación del hombre — tanto la espiritual como la física—: la comunidad del hombre con el hombre es el primer principio y criterio de la verdad y la universalidad. La misma certeza de la existencia de otras cosas fuera de mí está mediada para mí por la certeza de la existencia de otro hombre fuera de mí. De lo que yo veo solo, dudo; únicamente cuando otro también lo ve, es ello cierto⁷.

De esta manera Feuerbach hace surgir una noción de espiritualidad completamente nueva. La alianza entre cabeza y corazón supera el modelo idealista del sujeto puro, distinto de sus dimensiones sensitivas y emocionales. No hay, pues, pensar puro o sentir puro, sino pensamiento que siente, amor que siente, emoción que siente. El sujeto tiene una estructura que se unifica en torno a la dimensión afectiva: «Sólo donde está tu corazón *estás tú*»⁸.

Feuerbach eleva la dimensión de la sensibilidad hasta su máximo significado. En la sensibilidad, tal como se manifiesta en las distintas emociones, ya sea en forma de padecimiento o de intensidad y energía, se nos revela el fundamento de la existencia humana, su carácter *divino*. «*Donde no hay límite ni tiempo ni necesidad, tampoco hay cualidad ni energía ni espíritu ni ardor ni amor*. Sólo el ser *necesitado* es el ser *necesario*. La existencia carente de necesidades es una existencia superflua. Lo que está libre de necesidades en general, tampoco tiene necesidad de existencia. Lo mismo da si es como si no es, tanto para sí mismo como para otro. Un ser *innecesitado* es un ser *infundado*. Sólo lo que puede padecer merece existir. Sólo el ser lleno de *dolor* es *ser divino*: un ser sin *padecimiento* es un ser *sin ser*. Un ser sin padecimiento no es distinto de un ser *sin sensibilidad, sin materia*»⁹.

⁷ *Grundsätze der Philosophie der Zukunft* en GW, vol. 9, pp. 323 y ss. *Principios de la filosofía del futuro* (trad. E. Subirats), Barcelona, 1976, pp. 94 y ss.

⁸ *Grundsätze der Philosophie der Zukunft*, p. 306. *Principios de la filosofía del futuro* (trad. E. Subirats), p. 75.

⁹ *Vorläufige Thesen...* en GW, vol. 9, p. 253 (trad. p. 15). El tema del carácter divino del dolor ha sido tratado ampliamente por Feuerbach en *La esencia del cristianismo*. No podemos desarrollar aquí el tema del papel de la sensibilidad en la crítica religiosa de Feuerbach, pero sí debemos citar este texto significativo, en el que, siguiendo su esquema de transformación del predicado en sujeto como mecanismo de su crítica religiosa, afirma el filósofo: «Lo que en la religión es predicado, lo podemos convertir... en sujeto, y lo que es sujeto en predicado... Dios sufre — sufrir es el predicado— pero por los hombres, por otros, no por sí. ¿Qué significa esto en alemán? No significa otra cosa sino que sufrir por otros es divino; quien sufre por otros y pierde su alma, obra divinamente, es un Dios para los hombres... «Dios sufre» en realidad sólo significa: «Dios es un corazón». El corazón es la fuente, la suma de todos los sufrimientos. Un ser sin sufrimiento es un ser sin corazón. El misterio del Dios sufriente es el misterio de la sensibilidad; un Dios que sufre es un Dios que tiene sensaciones, es un Dios sensible. Pero la proposición: «Dios es un ser que siente» no es más que la expresión religiosa de la proposición: la sensibilidad pertenece al ser divino... Lo que tiene un valor esencial para el hombre, lo que para él vale como perfecto y excelente, en lo que tiene verdadera complacencia, esto sólo es Dios para él. Si la sensibilidad es para ti una propiedad gloriosa, será también para ti una propiedad divina». *Das Wesen des Christentums* en GW, vol. 5, pp. 119 y ss, 126 y 128. *La esencia del cristianismo* (trad. J.L. Iglesias), Salamanca, 1975, pp. 107, 109 y 110.

En esta existencia como pasión y emoción está la posibilidad del crecimiento ilimitado del ser humano, en esa «compasión» de la sensibilidad, en las «lágrimas», en la «carne» y en la «sangre»¹⁰ de la persona humana, en cuya satisfacción puede el hombre elevarse hacia la perfección ilimitada de su naturaleza, porque, «cuanto más elevado es un ser, más carencias tiene»¹¹.

El padecimiento, la necesidad es, pues, en Feuerbach una categoría antropológica positiva que propicia el crecimiento, es impulso y energía movilizadora que dirige a un ser fuera de él, la fuerza que empuja al encuentro con el otro, que es otra manera de crecer. La pasión vive de la tensión entre la experiencia de la limitación y el movimiento dirigido a superar esa limitación. Por eso, sentir las carencias es saberse necesitado y, por tanto, desear la satisfacción de esa necesidad. Es decir, sentir más es amar más, saber más y ser más. Cuanto más se necesita del otro más se ama, más se piensa, más se siente, más se es.

3. Encuentro

Después de todo lo dicho puede afirmarse que el sensualismo feuerbachiano conduce necesariamente al altruismo. El lenguaje que con preferencia lo expresa es el del binomio *Yo-Tú*. Precisamente por su doble carácter pasivo y activo puede la sensibilidad acoger al otro en su carácter irreductible, sin determinarlo como algo puesto por la mediación intelectual del pensamiento: «Sólo allí donde Yo soy transformado en un Tú, allí donde sufro, emerge la representación de una actividad existente fuera de mí, es decir, de una objetividad. Pero sólo a través de los sentidos es el Yo no-Yo». En la relación de reciprocidad y simetría, en la que seres sensibles pueden actuar el uno sobre el otro, el otro que es un Yo para él se convierte en Tú para mí y viceversa¹².

Este principio de *apresencia* permite a Feuerbach enunciar una relación interpersonal en la que las modalidades aparentemente más superiores de la razón se fundan en las más elementales de la sensibilidad. La presencia brota inmediatamente de las potencialidades de la sensibilidad: la palabra que se escucha, los pasos que anuncian el acercamiento, el tacto de la mano, el beso que acaricia... son diversas señales de la presencia del hombre para otro ser humano, entre las que Feuerbach destaca la profundidad de la mirada y del diálogo.

La mirada traspasa la superficie y los colores, y, mirando en la mirada del otro, es capaz de ver en su interior, de forma que no sólo la carne, sino también el espíritu se nos revela a partir de los sentidos. En ellos se sostiene la emoción, esa «voz espiritual del amor y la sabiduría»¹³. El encuentro de un Yo y un Tú emerge, pues, de una emoción pre-reflexiva y comunitariamente vivida, y al calor de ese «sol» que es la presencia de otro nace la razón: «Sólo allí donde el hombre choca y roza con otro

¹⁰ *Das Wesen des Glaubens im Sinne Luthers* en GW, vol. 9, p. 376. *La esencia de la fe según Lutero* (trad. L. M. Arroyo), Madrid, 1993, p. 37.

¹¹ Recensión: Dr. K. Bayer, «Betrachtungen über den Begriff des sittlichen Geistes» en GW, vol. 9, p. 98.

¹² *Grundsätze...* en GW, vol. 9, pp. 316 y ss. (Trad. esp., pp. 86 y ss).

¹³ Recuérdese el largo texto más arriba citado de *Principios de la filosofía del futuro*. Véase nota 7.

hombre se encienden el ingenio y la sutileza... sólo allí donde el hombre disfruta del sol y el calor del hombre surgen el sentimiento y la fantasía — por eso el amor, un acto comunitario, cuando no se ve correspondido causa el dolor, que es la fuente originaria de la poesía—, y sólo donde el hombre habla con el hombre, en el diálogo, un acto comunitario, se origina la razón»¹⁴.

La existencia humana es siempre *coexistencia*, pues el otro ser humano, además de vínculo con el mundo, es también condición de la existencia personal y social, en la medida en que la relación con él interviene en la formación de la propia subjetividad. Un sujeto que se forma en el seno de la relación la integra en sí, en su vivencia personal y es también resultado de ella. Por tanto la identidad del individuo es de alguna manera identidad plural y social: el Yo es un Yo-Tú; o, como gusta a Feuerbach decir: el Yo es «una elipsis del lenguaje», una abreviatura del binomio Yo-Tú¹⁵.

4. Emoción y encuentro

Ahora bien, el órgano sensible de esta coexistencia es el corazón. El es el órgano de la simpatía, el órgano en el que el afecto y el sentido colectivo se coordinan, en el que el sentir se vuelve sentir común, co-sentimiento (*Mitgefühl*). Esta estructura comunicativa del sentimiento le permite a Feuerbach sortear cualquier peligro de sentimentalismo solipsista. El corazón posee en un grado superior al pensamiento la propiedad de la empatía. Al poder sentir los sentimientos de otro, el corazón convierte la simple aproximación en máxima intimidad, abriendo la puerta a un entendimiento afectivo que permite la casi identificación con el sentir ajeno: «En el sentimiento el hombre se relaciona con otro hombre como consigo mismo; siente los dolores, las alegrías del otro como suyos propios. Por tanto sólo a través del compartir se eleva el hombre más allá de la sensación meramente egoísta hasta el sentimiento (sensación compartida es sentimiento). Quien no necesita compartir no tiene ningún sentimiento»¹⁶.

De esta manera hemos vuelto al punto de partida: la existencia humana se realiza en plenitud en el amor y el encuentro. En ellos se desvela el *misterio* del ser y se manifiesta la emoción, *distintivo de la existencia*:

El ser en tanto que objeto del ser... es el *ser de los sentidos, de la intuición, del sentimiento, del amor*. El ser es, pues, un *misterio* de la intuición, del sentimiento, del amor. Sólo en el sentimiento, sólo en el amor, tiene el «esto» — esta persona, esta cosa— es decir, lo individual, valor absoluto; sólo en ellos lo *finito* es lo *infinito*: en ello y sólo en ello reside la infinita profundidad, divinidad y verdad del amor... Pero precisamente porque «esto» (la persona individual) sólo tiene valor absoluto

¹⁴ *Das Wesen des Christentums* en *GW*, vol. 5, pp. 166 y ss. (Trad. esp., p. 129).

¹⁵ *Über Spiritualismus und Materialismus* en *GW*, vol. 11, p. 171.

¹⁶ *Das Wesen des Christentums* en *GW*, vol. 5, p. 458. El texto, incluido sólo en la segunda edición de la obra (1843), desapareció en la tercera (1849), edición ésta sobre la que se ha hecho la traducción española, de la cual, por tanto, está ausente.

en el amor, tan sólo se revela también en él, y no en el pensar abstracto, el misterio del ser. El amor es pasión, y sólo la pasión es el signo distintivo de la existencia. Sólo lo que... es *objeto de la pasión* es. El pensamiento abstracto carente de sentimiento y de pasión suprime la *diferencia entre el ser y el no-ser*, mas para el amor esta diferencia que se disuelve en el pensamiento es una realidad. Amar no quiere decir más que aperebirse de esta diferencia. A quien nada ama — cualquiera que sea el objeto— le resulta completamente indiferente que algo sea o no sea.

Ahí radica la significación metafísica de los sentimientos humanos: «en los sentimientos, incluso en los sentimientos cotidianos, se albergan las verdades más profundas y elevadas. Así, el amor es la verdadera prueba *ontológica* de la existencia de un objeto fuera de nuestra cabeza, y no existe otra prueba del ser que no sea el amor, el sentimiento en general».

El reconocimiento del papel primordial del amor y del sentimiento frente al pensamiento abstracto es la verdad de la nueva filosofía y alcanza la categoría de verdad religiosa en la nueva religión, en la que Dios es sustituido por el hombre: «Si la vieja filosofía decía: *lo que no es pensado, no es*, la *nueva* filosofía, por el contrario, dice: lo que no es amado *ni puede ser amado, no es*. Pero lo que no puede ser amado, tampoco puede ser adorado. Sólo lo que puede ser *objeto de la religión*, es objeto de la filosofía».

Y no sólo eso representa el amor; también expresa él la aspiración a la más alta realización de lo humano, la verdad de la existencia real, en la que amar más es ser más: «No sólo objetiva, sino también subjetivamente es el amor el criterio del ser, el criterio de la verdad y la realidad. *Donde no hay amor, no hay tampoco verdad*. Y sólo es algo *lo que algo ama* (*no ser y no amar* son idénticos). Cuanto más uno es, tanto más ama, y a la inversa»¹⁷.

Las potencialidades humanizadoras de la antropología de Feuerbach, expresadas aquí en torno a las categorías de emoción y encuentro no han sido desarrolladas en plenitud. El pensamiento dialógico y en general el personalismo está en ello desde que Ferdinand Ebner y Martin Buber tomaron conciencia de la riqueza escondida en las intuiciones feuerbachianas. El tema, pues, sigue abierto. Pero ésa es materia para otra ocasión.

Luis Miguel Arroyo Arrayás
 Universidad de Huelva
 Av. Fuerzas Armadas s/n
 Facultad de Humanidades y CC. de la
 Educación
 21007 Huelva

¹⁷ Todos los textos citados, en *Grundsätze...* en GW, vol. 9, pp. 317-9. (Trad. esp., pp. 87-90).